

# **Proyectos políticos e historia política. El rescate de la memoria histórica y la historia local, como herramienta para incentivar a la participación política popular.**

**Carlos Rivas<sup>1</sup>**

---

## **Resumen**

La historia no es neutra, eso implica una serie de consideraciones que nos pueden indicar, que efectivamente tiene usos políticos, por ello, plantearse la posibilidad de hacer uso del pasado para la consolidación de un proyecto popular emancipador, pasa por incorporar distintas disciplinas en diálogo permanente con las formas de escribir la historia. Develar los usos que ha tenido la historia nos indica un estado de la cuestión que puede abrir horizontes para el impulso de nuevas miradas sobre el pasado, en medio de un momento histórico que exige la construcción de nuevos proyectos políticos.

**Palabras Claves:** historia, política, participación.

## **Political Projects and Political History. The Rescue of the Historical Memory and Local History, as a Tool to Encourage Popular Political Participation.**

### **Abstract**

The story is not neutral, that involves a series of considerations that we can indicate, which effectively has political uses, therefore, consider the possibility to make use of the past for the consolidation of an emancipator popular project, is to incorporate different disciplines in permanent dialogue with the forms to write the story. Reveal the uses which has had the story indicates a state of affairs that can open horizons to the eyes new momentum on the past, in the middle of a historic moment which requires the construction of political new projects.

**Keywords:** history, politics, participation.

El hombre no sería hombre sin una memoria del pasado. Más aún, sólo desarrollando su sentido histórico y por virtud de su poder de poner el pasado al servicio del presente, se eleva el hombre por encima de otros animales y llega a ser hombre (Nietzsche).

Pudiéramos iniciar afirmando, tajantemente, que los proyectos políticos, históricamente no han sido elaborados en favor de las grandes mayorías explotadas, por el contrario existe una permanente dialéctica, que en torno al tema, se reviste de actualidad en cada momento histórico, para avanzar o retroceder, en cuanto a mejoras en la calidad de vida de las grandes mayorías explotadas; esto último, siempre subjetivo, depende de la mirada, y a favor de qué intereses se escriba la historia. Afortunadamente, la historia no es neutra, forma parte de representaciones del pasado, que se traen al presente, para que la sociedad se analice a sí misma, se forje un juicio de su devenir, y visualice la sociedad que se avecina.

Cuando nos referimos al devenir de la humanidad, nos encontramos con que los discursos históricos amalgaman, y condensan de cierta forma, los conflictos que se tejen en el seno de la sociedad (lucha de clases dirían los Marxistas). Una sociedad, que parece ser decapitada, por un lenguaje legitimador, que solo ha buscado el establecimiento de dispositivos, excluyentes y de dominación, por sobre una mayoría que se somete (o es sometida) y asume que lo jurídico, “legalmente” constituido, es un estamento de “verdad” irrefutable.

Específicamente, en el caso latinoamericano -región en la que pondremos todo nuestro esfuerzo por entender, cuestionar y replantear algunos elementos- visualizamos, que en la época del período colonial, los cronistas de indias en primera instancia y los documentos reales posteriormente, sentaron en el papel, la estructura social, “tal y cómo se desarrollaron” las vidas de los que habitaban las posesiones de ultramar. Documentos oficiales, se convirtieron en la única fuente posible para hacer la historia, de lo que consecutivamente serían las “Repúblicas latinoamericanas independientes” (modernas) del siglo XIX. Recordemos que la “profesionalización de la historia”, se basaba en la heurística y la hermenéutica, mera interpretación de textos -oficiales por cierto- con la clara intención de forjar una identidad nacional, que por supuesto era in-imaginada por la sociedad colonial luego de haber estado bajo el orden monárquico por más de tres siglos. Por otro lado, el afán de hacer de la historia una “ciencia”, contribuyó grandemente a des-subjetivarla (positivismo científico), un proceso que tenía intenciones claras de ordenamiento social, en el que los significantes y significados, creados por el discurso de la “historia Romana”, parafraseando a Foucault de *Genealogía del racismo*, formaban parte de la constante lucha por el poder. No sólo para conquistarlo, sino para mantenerlo.

Aquella afirmación Rankeana, que aseguraba que el historiador debía -por ética profesional- dejar que la historia hablara por sí misma, o en todo caso, los documentos oficiales, se convirtió en una “verdad” que con el tiempo se puso en profundo cuestionamiento, puesto que la misma fue reflexionada por historiadores de la llamada “Nueva Historia”, que entran en escena aproximadamente a partir de finales de la década de los años 60 del siglo XX. Pero precisemos que, por ahora, nuestro problema no es discutir sobre las corrientes historiográficas. Queremos -o mejor dicho, pretendemos- hacer una argumentación, en la que observamos que, efectivamente, han existido proyectos políticos los cuales se han construido a través de la historia, valiéndose del discurso histórico, y que esto a su vez ha derivado en un impacto a nivel ideológico (falsa conciencia), en el imaginario colectivo latinoamericano.

Por alguna razón, fueron los ilustrados-intelectuales del siglo XIX, los que construyeron un imaginario nacional, que se separará de la “barbarie”, del “populacho”. Tal es el caso por ejemplo, del *Facundo* de Sarmiento, el *Ariel* de Rodó, en Argentina y Uruguay, respectivamente, o los escritos de Juan Vicente Gonzáles o Pérez Bonalde, para el caso de Venezuela. Lo cierto es que el afán por consolidar una “identidad patria”, en medio de una República naciente y convulsa, hizo posible que la concepción de mundo de la oligarquía ilustrada reprodujera los dispositivos de dominación con los que se había mantenido el orden colonial, imponiendo sus representaciones simbólicas.

Estamos de ésta forma, ante un imaginario social que triunfa, ante el posible desorden, que las clases explotadas pudieran generar al ordenamiento social imperante e impuesto por la oligarquía que sale victoriosa de las guerras de independencia. En ese orden de ideas, Foucault afirma que: No es cuestión de referir la relatividad de la historia a lo absoluto de la ley o de la verdad, sino de encontrar lo infinito de la historia detrás de la estabilidad del derecho, los gritos de guerra detrás de las fórmulas de la ley y la asimetría de las fuerzas detrás del equilibrio de la justicia (Foucault. 1976: 52). Es decir, más allá de los planteamientos de gobernabilidad y “pacificación”, que involucraron a todo éste proceso de “consolidación nacional” (formación de la nación), se ha desarrollado una guerra silenciosa y vil, en la que se han construido “verdades-Razones”, que tienen mucho de conflictos permanentes, y que en todos los casos, salieron victoriosos unos en detrimento de otros; estos últimos, por lo general, forman parte de la población más numerosa y menos pudiente.

Por ello es necesario señalar que, el relato que surge de la pluma del historiador no es lo que vivieron sus protagonistas; es sólo una narración, lo cual permite ya eliminar algunos falsos problemas (Veyne. 1971: 14), que se han convertido, o han pretendido convertirlos, en “verdades absolutas”. Por ello consideramos importante hacer referencia a la existencia de dos tipos de historia, una escrita por las elites con “H” mayúscula, y otra que subyace en el imaginario y en la memoria colectiva de la sociedad, que aquí denominaremos,

historia con “h” minúscula, que se encuentra oculta o que aún está por escribirse, o lo que podríamos denominar más frontalmente, como la confrontación dialéctica entre la historia oficial de las elites Vs la historia oculta de los pueblos.

Ahora bien, Paul Veyne se pregunta: ¿qué es lo que distingue a un acontecimiento histórico de otro que no lo es? (Veyne. 1971: 32), y bien podríamos decir que no es sino la subjetividad del historiador la que escoge, con finalidades específicas, cuál o tal acontecimiento es el más apropiado para justificar “causas nobles” o aberraciones que se desarrollan en la dinámica social, muchas veces signada por disputas de poder. Más importante aún, ya no es únicamente el acontecimiento, el que describe un proceso histórico, existen otros elementos que nos permiten conocer mejor el desenvolvimiento de una “realidad” social; esto no es nuevo, desde que se fundó la escuela de los *Annales*, en 1929, por Bloch y Febvre, se vienen planteando nuevas formas de hacer historia, y esto implica perspectivas distintas de comprender el pasado.

Volvamos otra vez al tema del historicismo. Con relación a éste tema, según Strauss, Nietzsche afirma:

(...) que el proceso histórico no ha terminado ni puede terminar, que la conclusión de la historia no sólo no es posible sino indeseable porque conduciría a una degeneración del hombre, y que la historia no es un proceso racional sino un proceso del todo ciego,amente e injusto (Strauss. 1993: 780).

De tal manera que según Nietzsche, nos encontramos ante una historia construida a sangre y fuego, llena de mentiras y sojuzgamiento, que envuelve a la población en una encrucijada jurídica, que no ha sido diseñada por ellos mismos, y que por tanto no es más que la expresión de las desigualdades sociales, en las que se sostiene el proyecto de la modernidad y su consecuente modernización. Pudiéramos, en ese sentido, y para darle a estas ideas un marco metodológico que nos ayude avanzar en el debate, intentar hablar de interdisciplinariedad, puesto que conceptos como *historia local*, *tradición oral*, *Etno-historia*, *Educación popular*, *participación*, *historia de los vencidos* y *memoria*, están altamente vinculados con la puesta en práctica de nuevas concepciones en la investigación, que efectivamente, la entienden (a la investigación socio-histórica) como instrumento político, que contiene en sí misma objetivos que están al servicio de intereses determinados. Nuevas perspectivas en lo concerniente a la reconstrucción histórica, se ponen de manifiesto en un debate universal, que se viene desarrollando a lo largo del siglo XX. Desde nuestra mirada, latinoamericana, estaríamos ante la oportunidad clara, de introducir nuevos elementos analíticos, que conduzcan a dignificar el protagonismo de las bases populares, quienes, en última instancia, siempre han sido los grandes protagonistas ausentes.

Por ejemplo Peter Burke, nos habla de la existencia de una controversia dentro de la propia historia, *ampliándose de hecho el universo del historiador*; acabando con la hegemonía de las historias nacionales del siglo XIX, para analizar problemáticas mucho más globales, interdisciplinarias, locales o de clases sociales (Burke. 1999: 11), cuestionando fuertemente el paradigma “cientificista-positivista”, que centró la investigación histórica en los hechos de gran relevancia, en los que el protagonista absoluto era el héroe. Ésta controversia centra su mirada en el debate entre “Historia Tradicional” Vs “La Nueva Historia”, esta última corriente historiográfica, da cuenta de esa amplitud de universo que mencionábamos anteriormente; en ese sentido, cierto es, que la llamada “historia tradicional” no se puede pasar por alto, es “una realidad”, representación al fin, del pasado, basada en la descripción de los grandes acontecimientos, producto final de una serie de factores socioculturales, los cuales contribuyeron a que ésta forma de mirar el pasado, se consolidara en las academias escolásticas del siglo XIX. El término “Nueva Historia” (La nouvelle histoire), por su parte, fue acuñado en 1974 por Le Goff y P. Nora, en Francia, formando parte de una suerte de nueva generación de la escuela de los Annales fundada en 1929 (Burke. 1999: 13), dando cuenta de la importancia del estudio de la memoria colectiva, por ello, entre otros elementos de análisis, surge ésta nueva corriente historiográfica, escrita si se quiere, con “h” minúscula, o analizando los procesos históricos con nuevas miradas, “nuevos sujetos” y re-interpretando lo que hasta el momento se asumía como “verdad” absoluta.

Entre otras cosas estaríamos frente a dos formas de interpretar la historia, por un lado, el relato del acontecimiento, representando lo tradicional, contra una mirada analítica que apunta hacia las estructuras económicas, sociales y culturales; tal es el planteamiento que desarrolla Braudel (1976) en *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la Época de Felipe II*, uno de los textos más citados por las nuevas corrientes historiográficas (Burke. 1999: 15).

Es evidente que éste debate estaría inconcluso si no hiciéramos mención a las fuentes con las que trabaja el historiador, por ello, es preciso señalar, que el apego al documento oficial, según la concepción “Rankeana”, comienza a cuestionarse a causa de la necesidad de contrastar la investigación bibliográfica con otras fuentes, no oficiales, pero sobre todo, por la necesidad de reconstruir análisis históricos de sociedades, que no cuentan con registros de documentación escrita. Estamos entonces, ante la utilización de nuevas fuentes (materiales u orales), debido a que la separación arbitraria entre “historia y prehistoria”, deja de tener sentido, instalándose como valor ético, de compromiso militante, en la comunidad investigativa, la premisa de que, en estos tiempos entendemos claramente que “el hombre no tiene pasado, tiene historia”. En cualquier caso, si los “nuevos historiadores” se interesan por una diversidad de actividades humanas mayor que la que ocupó a sus predecesores, habrán de examinar una variedad también mayor de pruebas (Burke. 1999: 18).

La pasión entre los historiadores “tradicionales”, como decíamos anteriormente, siempre ha sido el estudio de los grandes acontecimientos, pero con el empleo de éstas miradas “desde abajo”, partiendo de la “nueva historia”, podemos re-significar el pasado, tomando en cuenta, por ejemplo, la memoria colectiva de los pueblos; por éstas razones, encontramos que la historia “desde abajo”, contribuye a impulsar relaciones analíticas estrechas, entre sociedad y cultura, para dar nacimiento a una visión histórica de carácter sociocultural, complejizando los métodos de reconstrucción histórica, y exigiendo a su vez al investigador la utilización de nuevas fuentes, que contrasten (o fortalezcan) las hipótesis planteadas.

Haciendo referencia a la memoria histórica, por ejemplo, y para precisar términos, nos encontramos que la “tradición oral” es la reconstrucción de los aspectos culturales de una determinada sociedad, mientras, que la “historia oral” es ya, el análisis y la interpretación social para conocer las estructuras, conflictos y procesos de una determinada sociedad, teniendo en cuenta la diversidad de problemáticas a la que están expuestas dichas sociedades.

Para precisar conceptos, es necesario observar los señalamientos que hace Josefina Cuesta B. (2008), en su texto *La Odisea de la Memoria*, en el que encontramos, que ésta autora, hace referencia a que hay que hacer una distinción importante entre lo que es memoria personal y memoria histórica, puesto que una forma parte, de una gama de memorias, como por ejemplo la familiar, la sindical, nacional, oficial, política, etc. Mientras que la memoria histórica, es una elaboración posterior resultado de un arduo trabajo de explicación y comprensión” (Cuesta. 2008:13). En el mismo texto la autora hace referencia a que es Maurice Halbwachs, quien introduce el término (memoria), a la investigación de las ciencias sociales, pero que además pone sobre el tapete una polémica en torno a lo que es la memoria y la historia, en cuanto que para ésta última, la memoria no es más que todo lo que fluctúa, lo concreto, lo vivido, lo múltiple, lo sagrado, la imagen, el afecto, lo mágico, mientras que la historia se caracteriza por su carácter exclusivamente crítico, conceptual, problemático y laico (Cuesta. 2008: 34).

Evidentemente éste proceso de entender los manejos y las interpretaciones, que sobre el concepto de memoria existen, no es lineal, por ende, es necesario precisar que, por un lado, existe una “perspectiva reconstructiva”, que entiende a la memoria como fuente fidedigna, la relaciona a un documento “objetivo”, por medio del testimonio oral a través del recuerdo. Otra visión, y a nuestro criterio, más crítica que la antes mencionada, es la “perspectiva interpretativa”, que no le atribuye el carácter de testimonio a la fuente oral, puesto que asegura que la memoria es construida socialmente, por medio de experiencias y percepciones traumáticas o placenteras, es decir que el elemento sentimiento, está siempre presente. Otro aspecto importante, asegura, que la memoria no es neutra y que la misma tiene usos políticos, históricos y culturales, por

ende siempre es importante contrastarla con otros testimonios, o tener en cuenta que la distorsión y la inexactitud no necesariamente son aspectos que deben ser considerados negativos, o que debilitan la importancia del testimonio, puesto que aquí entra en juego lo que Clifford Geertz entiende como *descripciones densas*, o lo que Carlo Ginzburg definía como *paradigma indiciario*, donde el investigador debe tener en cuenta que existen elementos que están ocultos y que deben ser develados, haciendo de detective (el investigador), y hasta de psicoanalista; esta última apreciación, por ejemplo, es un planteamiento que hace Carlos Aguirre Rojas, en lo que se refiere a los rasgos metodológicos de la microhistoria italiana, pero que bien podemos tomar como elementos que interactúan permanentemente en éstas nuevas concepciones historiográficas (González. 2005). Más específicamente:

En lo individual, la marca de lo traumático interviene de manera central en lo que el sujeto puede y no puede recordar, silenciar, olvidar o elaborar. En un sentido político, las "cuentas con el pasado" en términos de responsabilidades, reconocimientos y justicia institucional se combinan con urgencias éticas y demandas morales. Las tensiones entre la urgencia de rememorar y recordar hechos dolorosos y los huecos traumáticos y heridas abiertas constituyen a la vez el tema de investigación y uno de los mayores obstáculos para su propio estudio (LaCapra 2001, Jelin 2002).

La historia oral, es por tanto, un procedimiento válido de investigación en el oficio de historiador, además de ser parte de las formas de historiografía creadas por esa investigación (Sitton, T. 1989: 12). De esta manera, José Miguel Marinas señala, que:

la experiencia de la historia oral instaure, de esta forma, la suspensión de la jerarquía establecida en las historias oficializadas, le pone carne, memoria y testimonio a lo colectivo, profana lo sagrado, al tiempo que sacraliza lo irreverente. Porque la historia no es algo que haya ocurrido hace más o menos tiempo, sino una realidad presente que se sigue alimentando cotidianamente y que se dispersa en el tiempo preparando lo que aún no sabemos que va a ocurrir: la historia de hoy se teje para el futuro que viene (Marinas, J; Santamarinas, C. 1993: 10).

Podemos observar, con esto, cómo la historia va más allá, de la pura y exclusiva consulta de fuentes escritas, en ese sentido, debemos tener presente, que utilizando el método etnohistórico, por ejemplo, con su carácter interdisciplinario, logramos construir y analizar, una historia con contenido social, que

construye y solidifica en el tiempo identidades colectivas, que a su vez permite el reconocimiento de sujetos-actores a un entorno social determinado, a un territorio y a una cultura.

Hay que tener en cuenta algunos problemas metodológicos, relacionados al estudio de las fuentes orales, teniendo en cuenta que la historia oral son las memorias y recuerdos de la gente viva sobre su pasado. Como tal, está sometida a todas las vaguedades y debilidades de la memoria humana. No obstante, en éste punto no es considerablemente diferente de la historia como un todo, que con frecuencia es distorsionada, subjetiva y vista a través del cristal de la experiencia contemporánea (Sitton. 1989: 12). Debemos tener presente, que la manipulación de la fuente es una constante, todo depende del cristal con que se mire el hecho (esto lo expone Sitton), de manera tal, que estamos ante una suerte de subjetividad constante, a la hora de reconstruir un acontecimiento, hecho histórico, o proceso social determinado, que se acerque a entender el pasado como una conjunción de elementos entrelazados entre sí.

Pero no todo ha sido fácil para la memoria oral, en cuanto a reconocimiento como fuente de la historia, al respecto Sitton agrega:

(...) que a finales del siglo XIX, en gran medida la historia se había convertido en una “ciencia del análisis documental”, viendo con gran desconfianza, la evidencia histórica de la tradición oral; el testimonio oral acerca del pasado era considerado poco fidedigno y subjetivo, incluso indigno de ser tomado en cuenta (Sitton. 1989: 13).

Observamos el rechazo que se profería a la utilización de éste tipo de fuente, quizá motivado a la falta de una metodología propia, sumado al rol funcional que el positivismo había impuesto, a las formas legitimadoras de sostenerse en el poder, a través de historiadores al servicio de los Estados nacies y sus proyectos oligárquicos.

El ascenso de la historia oral ha iniciado una búsqueda de nuevas variedades en la historia social y una nueva y más estrecha relación entre la historia y otras ciencias sociales, en particular el folclore, la antropología cultural y la sociología (Sitton, T. 1989: 15). Visto de ésta forma, podemos observar, que la historia cada vez se acerca más a los estudios interdisciplinarios, tomando en cuenta no solo las fuentes escritas, tradicionalmente utilizadas, sino insertando, las fuentes orales y materiales, con el objeto de profundizar más en la indagación histórica, tiñendo con rostro social la propia historia. Después de todo, la historia oral es tan antigua como el habla humana y es a la vez un avance innovador en el proceso de investigación y de la escritura de la historia; se ha utilizado la metodología de la historia oral para crear nuevas formas de historia popular de gran interés para el público en general, con el objetivo de buscar la memoria de cada generación (Sitton. 1989: 19).



La metodología utilizada para realizar estudios de historia oral, actualmente cuenta con gran respaldo tecnológico, las cámaras de vídeo, incluso las fotográficas y los grabadores de sonido, proporcionan, grandes beneficios a la hora de realizar estudios históricos utilizando las fuentes orales. No debemos perder de perspectiva, que para realizar estudios con fuentes orales, las entrevistas forman la columna vertebral de éstas investigaciones, de ahí derivará la interpretación final del “objeto” de estudio; por ser ésta de tan valiosa importancia hay que tener presente que: una buena entrevista y más aún, una buena historia de vida es aquella en la que el entrevistado desborda el control de la situación de entrevista y habla libremente (Marinas, J. 1993; 29). La memoria, efectivamente forma parte de los aspectos a tomar en cuenta, puesto que la misma, está en gran medida sujeta a la subjetividad del informante, la memoria no está hecha de conocimientos, sino de imágenes, de sentimientos inscritos en el cerebro, su punto de referencia social no es el conocimiento sino el contexto físico de esos sentimientos (Marinas, J. 1993; 44).

El objetivo, en ese sentido es claro, hacer que la gente y las fuerzas populares se familiaricen con su propia historia, cuestión que efectivamente, es el fruto del devenir, de los que algunos llaman la vivencia cotidiana, maestra vida para otros. Maritza Montero (2004), nos dice que, en lo que a identidad nacional se refiere, en la mentalidad colectiva del venezolano existe una expresión contraria al etnocentrismo, es decir como un fenómeno de negación social del sí mismo, acompañado de una hipervaloración del otro (Montero, M. 2004; 76); negando de ésta forma, su propia historia y su propia cultura, para adoptar culturas foráneas, ignorando los aportes propios de su pueblo, o en el peor de los casos despreciándolos, calificándolos de atrasados e innecesarios para su propia construcción societal.

Es por ello, que se hace imprescindible, rescatar una “nueva historia” en nuestro qué hacer nacional-organizativo-popular, para derrumbar viejos paradigmas e instalar en los colectivos históricamente oprimidos, identidades colectivas consonas y congruentes con su propia lucha histórica. Todos los pueblos tienen historia, sin embargo, lo que se oficializa se escoge con pinzas, para que esos elementos, muchas veces vistos de forma aislada, sostengan verdades, que a su vez sostienen poderes coercitivos, que de plano, eliminan los aportes que el “bajo pueblo” ha hecho a la construcción histórica de nuestras regiones. Por ello es importante destacar que:

Mucho se escribe sobre la historia oficial de los pueblos, casi siempre bajo los esquemas tradicionales que nos impone la academia: una fecha, un acontecimiento, algunos personajes y el relato de los hechos de manera más o menos cronológica, agregando tal cual comentario contentivo del punto de vista del autor. Pocas veces, sin embargo, se intenta coger otros derroteros para mostrar de manera

menos académica “la otra historia” que reposa casi silente en la boca de sus propios actores o en la memoria colectiva de los pueblos casi olvidados (Paradas, J. 2006; 9).

Otro de los conceptos importantes que debe tenerse presente, para la comprensión de esas nuevas formas de escribir la historia, es el que invoca a la “historia local”. Paul Thompson, dice que: La historia (local) es una historia hecha con la gente misma, permite que el protagonismo no se circunscriba sólo a la élite, sino que abarque también a la gente anónima, consigue que la historia pase por dentro y hacia afuera de la comunidad. Ayuda a los menos privilegiados y sobre todo a los más viejos a recuperar su dignidad. Gente que se entiende, por ende, protagonista de su propia historia, que analiza, se implica, se solidariza, se siente co-responsable, se integra y participa en la constante reconstrucción de una historia que se hace cotidianamente, que se re-significa permanentemente, en un ejercicio dialéctico, en el que la experiencia de vida, es sistematizada por quienes la viven. Se trata de un proceso que dialoga permanentemente con el pasado, que entiende que todos los pertenecientes a una misma clase social, tienen mucho que aportar para la construcción de esa nueva subjetividad.

En ese sentido, y atrevidamente enlazando los conceptos de historia local con memoria histórica, es importante destacar que: La recuperación de la memoria histórica, en especial cuando se realiza de manera colectiva, posibilita que los grupos vivan significativos procesos de refuerzo de su autoestima social, recuperando sentidos colectivos de humanización. Los grupos de base se sienten, entonces, reconocidos en un cierto modo de vida, verificando cómo ellos han sido sujetos y protagonistas de la historia (Santibañez, H.2000; 5). Estaríamos entonces, ante la necesidad de impulsar nuevos espacios, de construcción colectiva, donde la historia sea analizada, bajo una mirada crítica, que tome elementos de la pedagogía crítica, y que además incorpore a la reflexión (permanente), a los sujetos que intervienen directamente en los procesos a analizar.

## **1. Buscando elementos que pueden conducir a la ampliación de éste debate**

Una de las preguntas, que a nuestro juicio, resaltan más a la hora de identificar la posición en la que se encuentra la reconstrucción histórica, es ¿Por qué necesitamos colocar el adjetivo de “popular” a algo que es inherentemente popular? Esta pregunta se la hacen los compañeros del periódico *Siembra Urbana*, de circulación municipal en la ciudad de Mérida, no obstante el objetivo de la interrogante, es demostrar que lo popular también tiene gran importancia en la consolidación de una identidad (colectiva) con las localidades correspondientes. Cabe destacar que, por años, se intentó desvincular lo

popular del conocimiento académico formal, en detrimento de esto, a partir de ahora entendemos lo popular como el devenir histórico de toda la población, incluyendo las cosas que para los escépticos pudieran parecer pequeñeces, y que para nosotros, por el contrario forman parte de la materia prima con la cual se debe trabajar la historia y todo análisis “científico-técnico”.

Por ejemplo, se suele escuchar decir que “ese molino funciona con trampa”... para indicar que algún mecanismo inventado por algún coterráneo hizo funcionar el molino. Es así como con la frase “hacer una trampa”, indicamos los andinos venezolanos lo que en otro argot llamamos “innovar” (Contreras, J. 2008 Febrero-Marzo; 6). Pareciera que no tiene mucha importancia la innovación popular, la creación, los conocimientos ancestrales y la acumulación de aprendizajes tecnológicos de los pueblos, que forman la periferia de las grandes ciudades; por otro lado relegando al ostracismo la memoria misma, del devenir histórico de determinada comunidad o población. No obstante, debemos resaltar que no se trata de simple “tecnologicismo”, estas reflexiones apuntan firmemente a fortalecer un conocimiento formal o informal que fundamentalmente satisfaga las necesidades reales de determinada población, por ello, evitar que esté al servicio del mercado, como actualmente opera: la creatividad y la capacidad de innovar, para vender.

No podemos negar el hecho que: actualmente, nuestros países forman parte de la gran familia occidental. Lengua y vestido, escuela y cementerio dan testimonio de nuestro linaje. Instituciones políticas, actividades científicas, aspiraciones individuales proclaman abiertamente nuestro parentesco. Sobre todo las letras -ese nivel de la humanidad donde el grado de autoconciencia se hace verbo- dicen sin equivoco de quien somos familia (Briceño, J. 1993; 213). Sin embargo, nuestro componente “mestizo”, resalta una serie de elementos, que nos diferencian de los europeos colonizadores. El sincretismo que se manifiesta en las distintas actividades sociales de los venezolanos, marca una diferencia esencial con relación a otras culturas y civilizaciones de la misma Latinoamérica, pero sobre todo hay una distancia amplia con los europeos.

En ese sentido, el mismo Briceño Guerrero en su texto *El Laberinto de los Tres Minotauros*, en el capítulo titulado *El Discurso Salvaje*, contrapone lo anterior asegurado por él mismo, y realiza una fuerte crítica al comportamiento de occidente como cultura dominante y en deplorable situación en comparación con otras culturas y civilizaciones de la humanidad. Asegura que las culturas precolombinas de América y las culturas africanas eran superiores a la cultura occidental, por un lado porque no buscaban dominar la naturaleza, por el contrario existía una comunicación armoniosa con el entorno; ellos en gran medida:

(...) sabían vivir en comunidad y compartir, las relaciones de parentesco y las conductas a que daban lugar estaban claramente establecidas. Los diversos roles en la ejecución del trabajo comunitario eran distribuidos y desempeñados sin sombra de confusión... Nunca era una comunidad tan grande como para imposibilitar el conocimiento y reconocimiento mutuo de todos sus miembros. La comunicación integral de persona a persona estaba así asegurada y era practicada como forma normal de comunicación. ¿Puede decirse lo mismo de occidente? (Briceño, J. 1993; 241).

Nuestra historia y nuestras sociedades, deben en gran medida diferenciarse de otras experiencias, fracasadas algunas, derrotadas otras. Ya decía José Carlos Mariategui en su momento, no se trata de *calcos ni copias*, lo original de nuestra realidad y del contexto deben ser nuestras premisas a rescatar.

Quedan para un posterior análisis los elementos conceptuales planteados por el chileno Diego Palma, y su interrelación con los procesos históricos emancipatorios, que en última instancia, impulsarían el ejercicio de una “participación sustantiva”, es decir, toma de decisiones y organización popular autónoma, movilizadora y consciente de su propia condición de clase.

## Notas

<sup>1</sup> Carlos Rivas, es Licenciado en Historia egresado de la Universidad de Los Andes (2008), Magíster en Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Artes y Ciencias, Santiago de Chile (2010) y actualmente es tesista en la Maestría en Ciencias Políticas a cargo del CEPSAL, FACIJUP de la Universidad de los Andes. Trabaja como docente en la Universidad Experimental de las Fuerzas Armadas UNEFA-Mérida.

## Referencias

- Briceño Guerrero, José Manuel (1993). *El laberinto de los tres minotauros*. Caracas. Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Peter Burke, R. Darnton, otros (1999). *Formas de hacer historia*. Alianza Editorial. Madrid.
- Braudel, Fernand (1953). *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Fondo de Cultura Económica. México.
- Contreras, José (2007). “Pueblos y saberes. La trampa de la ‘innovación popular’”. Publicación del ministerio del poder popular para la Ciencia y Tecnología. Diciembre. N°5
- Cuesta, Josefina (2008). *La odisea de la memoria, historia de la memoria en España*. S XX. Alianza Editorial. Madrid.
- Foucault, Michel (1976). *Genealogía del racismo*. Colección Caronte Ensayos. Argentina.

- José Miguel Marinas y Cristina Santa Marinas (1993). *Historia oral: métodos y experiencias*. Debate, S.A. Madrid, España.
- Luis González y González, Carlos Martínez Assad y Carlos Aguirre Rojas (2005). Mesa Redonda: *Microhistoria mexicana, microhistoria italiana e historia regional*. Relaciones, Colegio de Michoacán. Vol. XXVI. N° 101.
- Montero, Maritza (2004). *Ideología, alienación e identidad nacional*. Caracas. Universidad Central de Venezuela. Ediciones de la Biblioteca-EBUC.
- Parada, José (2006). *Estampas del Bailadores de antaño*. Caracas. Fundación Editorial El Perro y La Rana. Colección historias (regional y local).
- Prieto Figueroa, Luis Beltrán (2006). *El magisterio americano de Bolívar*. Caracas. Editorial El Perro y La Rana. Colección Alfredo Maneiro.
- Santibañez Frey, Hector (2000). *La memoria de los barrios. Síntesis de cinco historias locales de Viña del Mar contadas por adultos mayores*. TALLER Ediciones. Fondo de Desarrollo de las Artes y la Cultura, Fondart 1999, del Ministerio de Educación. Agosto.
- (2008). *Siembra Urbana*. Periódico bimensual. N° 1. Febrero-Marzo.
- Strauss, Leo y Joseph Cropsey (Comp) (1993). *Historia de la filosofía política*. Fondo de cultura Económica. México.
- Thad Sitton, George Mehaffy y Ol Davis Sr. (1989). *Historia oral*. Fondo de cultura económica. México.
- Varsavsky, Oscar (1971). *Proyectos nacionales. Planteo y estudios de viabilidad*. Argentina. Colección ciencia. Desarrollo ideología. Estudio periferia SRL.
- Veyne, Paul (1971). *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*. Alianza Editorial. Madrid.
- Jelin, Elizabeth (2003). *Los derechos humanos y la memoria de la violencia política y la represión: la construcción de un campo nuevo en las ciencias sociales*. Instituto de Desarrollo Económico y Social. Aráoz 2838, C1425DGT Buenos Aires, Argentina Teléfono: (54 11) 4804-4949, Fax: (54 11) 4804-5856 Correo electrónico: ides@ides.org.ar.